

EXPRESIONES IGNACIANAS PARA LOS PROBLEMAS DE HOY

“EL AMOR SE DEBE DE PONER MÁS EN LAS OBRAS QUE EN LAS PALABRAS” [EJ 230]

RUFINO J. MEANA PEÓN, S.J.*

Fecha de recepción: 22 de abril de 2024

Fecha de aceptación y versión final: 29 de abril de 2024

RESUMEN

Se subraya la actualidad de la célebre expresión ignaciana ubicándola en el marco de los Ejercicios Espirituales y cómo expresa el envío apostólico que recibe el ejercitante; la crisis del amor comprometido en el mundo contemporáneo hace que esta afirmación sea una urgencia eclesial contracultural. Son tres las dimensiones abordadas: no es posible anunciar el evangelio sin compromiso personal; la iglesia ha hablado siempre de la importancia de obrar misericordiosamente con el prójimo como requisito para la salvación; y, en tercer lugar, la Iglesia institucional tiene el compromiso de buscar transformar las estructuras humanas que causan indignidad e injusticia según lo enuncia en su Doctrina Social.

PALABRAS CLAVE: Antropología Ignaciana, Misericordia, Misión, Iglesia, Doctrina Social.

**“LOVE MUST BE PUT MORE IN DEEDS THAN IN WORDS”
[Ex 230].**

* Profesor de Psicología Clínica y de Discernimiento Espiritual en U. P. Comillas.
rmp@comillas.edu .

ABSTRACT

The actuality of the famous Ignatian expression is underlined by placing it in the framework of the Spiritual Exercises and how it expresses the apostolic sending that the retreatant receives; the crisis of committed love in the contemporary world makes this affirmation a countercultural ecclesial urgency. Three dimensions are addressed: it is not possible to proclaim the Gospel without personal commitment; the Church has always spoken of the importance of working mercifully with the neighbor as a requirement for salvation; and, thirdly, the institutional Church has the commitment to seek to transform human structures that cause indignity and injustice as enunciated in its Social Doctrine.

KEY WORDS: Ignatian Anthropology, Mercy, Mission, Church, Social Doctrine.

«No amemos con palabras ni de boca, sino con obras y según la verdad» (1 Jn 3,18).

La expresión que da título a nuestras reflexiones es un ejemplo de la precisión y oportunidad en el uso de la palabra características de Ignacio de Loyola. Se trata de algo que podríamos pasar por alto porque podría parecer una breve y evidente nota introductora a la gran *contemplación para alcanzar amor*, (Ej 230-237), una de las cumbres de la espiritualidad ignaciana (EI). Pero, precisamente por su aparente obviedad, llama la atención enunciada aquí, en este punto, al final de los ejercicios; un periplo complejo, cargado de emociones, ideas, propósitos, sobre todo, experiencias de amor de Dios, y como preámbulo de una experiencia mística como la que narra y propone pedir a todo ejercitante. La expresión se convierte en un mensaje que es advertencia y envío: *mucho cuidado, amar no es un asunto (sólo) de palabras bienintencionadas o de emociones*.

La experiencia mística ignaciana, posee características singulares que la diferencia de otras espiritualidades, como la de Santa Teresa o San Juan de la Cruz, para quienes ese vínculo espiritual se expresa en metáforas re-

lacionadas con la ‘unión’, ‘comunión’ o ‘matrimonio espiritual’¹. Ignacio, desde su experiencia mística, subraya la dimensión de ‘humilde servicio’; así termina los ejercicios: «...sobre todo se ha de estimar el mucho servir a Dios nuestro Señor por puro amor...» (Ej 370). Es algo que no pasa desapercibido a comentaristas clásicos como G. Fessard: «La fórmula elegida por Ignacio pone el acento en el amor activo más que sobre el amor de unión y contemplación, que se regocija en la presencia y se contenta con expresarlo»². El fruto pedido de los EE será, mirar la realidad creada con la misma mirada de Dios, como un encargo en el que se halla al Creador no sólo dándola, también dándose, descendiendo, habitando, trabajando, redimiendo; pidiendo colaboración en su empeño³. Con esa misión sale el ejercitante de la cuarta semana a la vida.

Ignacio no afirma que no deba de haber palabras en la expresión del amor, sería insensato; toda persona necesita de la palabra para darse a conocer y encontrarse con el otro. La palabra expresa quien uno es y lo que uno siente, pero, en lo referido al amor la acción es la verificación de que lo que uno afirma experimentar, la muestra de que no es solamente una bella intención o un autoengaño. Amar es vivir descentrado de sí y las acciones son expresión palpable de ello: «Sólo las obras son algo real que goza por ello de credibilidad (verdad y duración)»⁴. El proceso de identificación en Cristo que proponen los E.E. es un camino de conversión que se extiende a la vida ordinaria del creyente en el que se van observando transformaciones palpables en *acciones y operaciones* no sólo en las *intenciones* (Ej 46). Nos encontramos ante uno de los nudos gordianos del discernimiento ignaciano.

Se trata de un tema muy actual que es reto para la vida eclesial, particularmente cuando aparece la tentación de circunscribir la vida del

1. DE GUIBERT, *The Jesuits: their spiritual doctrine and practice*, Loyola U. P., Chicago 1964, 55-56.
2. G. FESSARD, *La dialéctica de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2010, 188.
3. J. A. GARCÍA, «De los Ejercicios a la vida ordinaria: La contemplación para alcanzar amor»: *MANRESA* 79 (2007).
4. J. ARZUBIALDE, *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio. Historia y análisis*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2009, 566.

cristiano a un asunto íntimo; una relación entre el individuo y Dios donde el único objetivo sea ir alcanzando un mayor grado de perfección personal entendido esto de muy diversos modos, pero siempre con el propio yo en primer plano de atención. Sin desestimar en absoluto la crucial importancia de la relación personal con Dios como fuente de la transformación del ser, no podemos olvidar que la perfección cristiana (verificación del avance en el camino de conversión) viene dictada por un aumento de la misericordia y la compasión activa hacia nuestros semejantes; por lo descentrada que esté la existencia del cristiano en favor del otro-en-cuanto-necesitado: «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6, 36).

1. Sobre la necesidad de subrayar el amor activo⁵ en el mundo contemporáneo

Cuidando de no vernos atrapados por generalizaciones injustas, sabemos que vivimos una época de extrema facilidad para las palabras descomprometidas del campo semántico del amor; en tiempos de ‘redes sociales’ palabras como amistad o amor se han abaratado hasta el punto de llegar a perder su verdadero significado. Con frecuencia, están más orientadas a hacer sentir bien a quien las enuncia, recibiendo aprobación social por parecer agradable o ‘caer bien’, que a adquirir un compromiso real con los otros. El acto de amar es un vínculo que altera la propia vida porque rompe el aislamiento individual y uno se vive ‘pendiente’ de otro/s; la mirada se focaliza fuera de uno mismo y la persona entera se moviliza hacia el otro sin esfuerzo ni sensación de aniquilación personal, todo lo

5. Por ser prácticos, en este contexto tenderemos a utilizar la expresión ‘amor activo’ o ‘amor eficaz’ u otras variaciones para referirnos a diferentes conceptos del mismo campo semántico, como si fueran sinónimos, sabiendo que cada uno de ellos posee matices diferentes: amor, amistad, misericordia, compasión, conductas compasivas, etc. Se puede consultar una extensa revisión de los múltiples significados de los términos en: W. KASPER, *La misericordia. Clave del evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae, Santander 2015, cp. 1.

contrario⁶. Es lo que experimenta toda persona que se desvive por los que siente como suyos: tanto familiares, como amigos o las personas vulnerables a las que desea servir.

Baste como ejemplo de lo que deseamos subrayar, caer en la cuenta de que vivimos en un contexto sociocultural donde se encuentra muy instalado el discurso sobre la tolerancia, el respeto a la diversidad o la importancia de la justicia; signos claros de una mirada benevolente hacia los demás. Sin embargo, seguramente estamos asistiendo a tiempos en los que los niveles de los tres vectores se encuentran en mínimos alarmantes. Bajo apariencia de tolerancia, prima el individualismo del pacto ‘*no me cuestiones y yo no te cuestiono*’; sobrevolando a los discursos sobre el respeto a la diversidad domina, sin contradicción aparente, la cultura de la cancelación por la que ‘*no tengo por qué compartir espacios con quienes no estoy de acuerdo*’; junto a los discursos en defensa de la justicia y la equidad domina el sentimiento de *entitlement* (‘*soy sujeto de todo derecho a costa de lo que sea*’) y la cultura de la rivalidad, la maledicencia moralizante⁷, por la que ‘*yo soy alguien mejor... si tú no lo eres tanto*’. Los buenos sentimientos descomprometidos hacia la ‘mala suerte’ de los más desfavorecidos, duran el tiempo que dura la noticia en la pantalla o hasta el momento en el que se percibe que eso puede afectar de algún modo al propio confort. Todo ello, aunque no sea la única realidad, va entretejiendo un telón de fondo en donde el otro-en-cuanto-necesitado se va convirtiendo en amenaza para la propia libertad; una carga que muchos no desean. Tal vez la célebre afirmación de Hobbes en el S. XVII, «el hombre es un lobo para

6. Es la denominada *abnegación*, pero es algo que se ha comprendido mal, particularmente en algunos contextos y momentos históricos de la Iglesia. La abnegación que no es consecuencia natural y espontánea de amar es masoquismo estéril y, en último término, autocentramiento narcisista. Meissner, siguiendo a Fromm, subraya que hay quienes entienden equivocadamente el amor como un darse sacrificial, sufriente, sin embargo, para una personalidad madura darse en el amor es signo de potencia, fortaleza, vitalidad y la satisfacción de darse conduce a una plenitud existencial donde la abnegación es consecuencia no cruenta. W.W. MEISSNER, *To the greater glory. A psychological study of Ignatian Spirituality*, Marquette U. P., Milwaukee 1999,337.

7. P. MALO, *Los peligros de la moralidad*, Deusto, Madrid 2021.

el hombre» hoy habría que completarla con que el ser humano se está volviendo *un gran indiferente ante el sufriente o necesitado*.

Sabemos que lo contrario del amor no es el odio sino la indiferencia, la ausencia de vínculo, y que esta ausencia destruye al ser humano. Lo preocupante es que, seguramente, la indiferencia es cada vez más una tendencia sociocultural que causa profundas soledades y sentimientos de insignificancia en el centro mismo de la civilización de la que nos enorgullecemos. La ausencia de amabilidad (la cualidad por la que expresando amor nos volvemos dignos de ser amados) se va haciendo palpable⁸ y, poco a poco, vamos viviendo en una sociedad de relaciones despersonalizadas donde va ganando terreno el déficit de la ‘Ética de la Compasión’⁹. No deseamos dar un retrato cultural siniestro, pesimista, más bien apuntar a fuertes tendencias que afectan más a unos grupos que a otros. Afortunadamente, sigue habiendo quienes buscan cultivar un modo de ser y estar caracterizados por la ‘consideración’, la ‘generosidad’ o el ‘altruismo’.

La compasión fue una virtud cotizada, sin embargo, ahora, en amplios sectores de nuestra sociedad, se ve progresivamente estrangulada por el narcisismo, la competitividad, el prejuicio o la venganza. Se trata de un problema serio porque psicólogos, sociólogos, etólogos, filósofos o teólogos están de acuerdo en que las relaciones compasivas están en el núcleo duro de lo que mantiene unidos y felices a los individuos, las familias, las instituciones y las sociedades. Altruismo, cuidado, justicia, ética y amor son nombres de esta argamasa que nos ha traído hasta una civilización avanzada que podría serlo mucho más. La inclinación a actuar compasivamente es uno de los rasgos más característicos de nuestra especie, se encuentra en la base del comportamiento ético y está considerado como un rasgo evolutivo superior¹⁰ vinculado a estructuras neurológicas¹¹ que

8. Hace años que diversos analistas socioculturales detectan esta tendencia: M. CAVANAGH, «Rediscovering Compassion»: *Journal of Religion and Health*, 34-4 (1995).

9. J.-C., MÈLICH, *Ética de la compasión*, Herder, Barcelona 2016.

10. R. SÁEZ MARTÍN, *Evolución humana: Prehistoria y origen de la compasión*, Almuzara, Córdoba 2019.

11. G. RIZZOTATTY y C. SINIGAGLIA, *Mirrors in the Brain: How our minds share actions, emotions, and experience*, Oxford U.P., Oxford 2007.

determina al sujeto maduro tanto como para que llegue a sacrificar su existencia individual por otros: «es una fuerza tan poderosa que hace que algunas personas sean capaces de sacrificar su auto-conservación, y su vida misma, en aras de satisfacer el deseo de conservar al otro, de protegerle» (...) «el cuidado de la vida corporal y mental del otro es una motivación indispensable a considerar en el interjuego de las motivaciones del psiquismo humano»¹².

Efectivamente, contra toda intuición, vivir centrados en las necesidades de otros produce más plenitud existencial que lo contrario, es una verdad antropológica incuestionable. Lo atestiguan las innumerables historias de padres y madres que a diario se desviven por sus hijos; los voluntarios que arriesgan sus seguridades personales, sociales y económicas por ponerse al servicio de los más necesitados; el altruismo palpable de quienes ponen su propia vida en riesgo por sanar o proteger a los demás; los políticos dignos que, más allá de sus obligaciones, ponen sus capacidades al servicio de la comunidad y no tanto de enriquecerse o de vivir tranquilamente al margen del destino de los demás, etc. Todos comparten, al menos, dos rasgos que están íntimamente vinculados: capacidad de compasión activa (por tanto, dejarse en segundo plano) y vivencia de plenitud existencial. Por eso, claro, la vida de Jesús (Palabra de Dios) enfatiza tanto la importancia del amor compasivo, porque no hay vida humana plena sin desvivirse en otros.

Hoy más que nunca la expresión ignaciana que nos convoca en estas reflexiones cobra categoría de consigna eclesial.

2. La presencia contracultural de la Iglesia

En el mundo contemporáneo, la promoción del amor activo por parte de la Iglesia (nuclear en su mensaje desde el comienzo) es una misión más contracultural que nunca. El catecismo (CIC en lo sucesivo) es claro: «... los oprimidos por la miseria [entendida como carencia en diversas dimensio-

12. H. BLEICHMAR, *Fundamentos y aplicaciones del enfoque modular-transformacional*, Aperturas Psicoanalíticas, 1, 1999, en línea, <http://www.aperturas.org/revistas.php?n=003> (Consulta enero 2024).

nes] son objeto de un amor de preferencia por parte de la Iglesia, que, desde los orígenes, y a pesar de los fallos de muchos de sus miembros, no ha cesado de trabajar para aliviarlos, defenderlos y liberarlos» (CIC, 2448). Tradicionalmente la preocupación se ha volcado en dos grandes vertientes: la relación personal caracterizada por la compasión y el ámbito de las estructuras sociales donde la propuesta eclesial va más allá de la indispensable justicia; a este respecto, el Papa Francisco afirma: «Dios no rechaza la justicia. Él la engloba y la supera en un evento superior donde se experimenta el amor que está a la base de una verdadera justicia»¹³.

Adela Cortina afirma que la mera justicia se quedaría en lo que podríamos denominar una 'ética de mínimos' (indispensable) mientras que el amor es algo que pertenece a una 'ética de máximos'¹⁴. Para el teólogo Metz¹⁵ en el tiempo presente nos encontramos ante un reto importante para la Iglesia porque se está pidiendo de ella focalizar la atención aún más en el mucho sufrimiento humano, material y espiritual. Él plantea que la mirada de Jesús no se dirige primero a los pecados sino al sufrimiento de las personas; esto, claro, no niega el peso posible de la responsabilidad personal de los propios actos, pero ordena la aproximación al ser humano poniendo en primer lugar a la compasión. Este orden moviliza a lo mejor de la Iglesia y se vuelve crucial para un posible itinerario de conversión agradecida en quien se siente tratado de este modo; acercarse así a las personas puede ser puro anuncio evangélico. Se trata de un énfasis que el actual pontífice, siguiendo la estela de sus predecesores, ha adoptado con mucha determinación¹⁶.

Impulsar el primado del amor activo en las relaciones humanas (interpersonales, sociales, políticas o económicas) no es tarea sencilla porque nos

13. PAPA FRANCISCO, *Misericordiae Vultus. Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia*, n.21, 2015, en línea, https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html (Consulta en febrero de 2024)

14. A. CORTINA, *Ética mínima*, Tecnos, Madrid 1986, 14.

15. J. B. METZ, *Por una mística de ojos abiertos. Cuando irrumpe la espiritualidad*, Herder, Barcelona 2013, 21ss.

16. Además de sus escritos oficiales y homilías, PAPA FRANCISCO, *El nombre de Dios es misericordia*, Planeta, Barcelona 2016.

asomamos a una complejidad extraordinaria que provoca preguntas de gran calado para las que no hay respuestas fáciles ni generalizables y donde el discernimiento se vuelve protagonista. Preguntas que se hace el Cardenal Kasper al comienzo de sus reflexiones sobre la misericordia «¿Qué quiere decir creer en un Dios misericordioso? ¿Qué relación hay entre la misericordia de Dios y su justicia? ¿Qué quiere decir “Bienaventurados los misericordiosos” (Mt 5,7)? ¿Qué significa este mensaje para una nueva cultura de la misericordia en nuestra sociedad?» etc.¹⁷.

Estamos ante un tema sobre el que la Iglesia siempre se ha mostrado muy sensible, Santo Tomás afirma nítidamente que “*es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia*”¹⁸. En nuestro tiempo, así lo han enfatizado los últimos Papas¹⁹ aupados sobre las solemnes palabras de San Juan XXIII en la apertura del Concilio Vaticano II: “*En nuestro tiempo la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad*”²⁰. Sabemos que con estas palabras no se nos está invitando quedarnos en un cristianismo buenista, confortable, de medias tintas sino, todo lo contrario, a optar por una ‘ética de máximos’, donde haya tolerancia cero ante cualquier amenaza a la dignidad humana o a las relaciones justas que han de regir los vínculos entre las personas²¹. Habitar

17. W. KASPER, *op. cit.*, 28-40.

18. Citado en *Misericordiae Vultus*, n.6.

19. Es una constante del magisterio de todos los tiempos, pero destacar la importancia que dan los tres últimos pontífices (abarcen prácticamente 50 años) nos ayuda a caer en la cuenta de que la Iglesia continúa detectando una gran carencia sociocultural e invita a los cristianos a restaurar esa falla. Sólo como ejemplos, de entre otros muchos, se puede ver: San Juan Pablo II: *Dives in Misericordia* (1980); Benedicto XVI: *Caritas in Veritate* (2009); Francisco: *Amoris Laetitia* (2021).

20. SAN JUAN XXIII, *Gaudet Mater Ecclesia*, 1962, en línea, https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/speeches/1962/documents/hf_j-xxiii_spe_19621011_opening-council.html (Consulta marzo 2024).

21. Hemos profundizado en este tema desde una perspectiva antropológica en: R. MEANA Y C. MARTÍNEZ (DIRS.), *Dignidad y Equidad amenazadas en la sociedad contemporánea*, Thompson Reuters Aranzadi, Estella 2022. El Catecismo es categórico al subrayar la primacía del criterio evangélico en esta tarea, indicando cómo este criterio puede desentonar con las ideologías políticas más comunes

la realidad evangélicamente tiende a ser contracultural y, por tanto, una presencia molesta; bien discernido, tal vez, el grado de molestia sea un rasgo verificador de si nuestra presencia en el mundo es evangélica.

2.1. *La distorsión de una religiosidad descomprometida*

En términos generales, las escrituras nos presentan a un Dios que no se limita a afirmar su amor incondicional, sino que lo hace visible y tangible. Son muchos los textos que subrayan la importancia del amor activo y eficaz, quizás el más imponente y solemne sea el juicio final que relata Mateo (Mt 25, 31-46). Enfatiza, sin dejar resquicio para la duda, que la misericordia es el factor determinante para la salvación: «todo lo que hicisteis por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicisteis por mí». En último término, la aniquilación, el infierno como apartamiento de Dios, está vinculado a las vidas centradas en el *propio amor, querer e interés* (Ej 189), quienes pasan por la existencia sin dejarse en otros, sin dejar memoria amable de sí²²; una vida así vivida es ‘intrascendente’, no perdura. Ahí apunta Lc 9, 24-25 cuando recuerda que quien sólo busca salvarse se perderá, pero, sin embargo, quien se centre en la causa del Evangelio [vivir desde la misericordia] ganará la Vida. El Papa Francisco recoge estos ecos diciendo: «El amor, después de todo, nunca podrá ser una palabra abstracta. Por su misma naturaleza es vida concreta: intenciones, actitudes, comportamientos que se verifican en el vivir cotidiano»²³.

Para San Ignacio, en el camino de conversión hay un esencial proceso de fondo que consiste en un ir desapropiándose de sí para dar cabida y pro-

(CIC, 2424). También destaca la importancia de primar la dignidad humana: *Dignitas Infinita. Declaración del Dicasterio para la Doctrina de la Fe sobre la dignidad humana*, en línea, <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bolettino/pubblico/2024/04/08/080424c.html> (Consultado en abril de 2024).

22. El tema del dejarse en la vida es denominado ‘generatividad’ y ocupa la atención de psicólogos existenciales como Maslow o Frankl quienes le otorgan un papel crucial para terminar el vivir con sensación de plenitud, trascendiendo.

23. PAPA FRANCISCO, *Misericordiae Vultus. Bula de convocación del jubileo extraordinario de la misericordia*, n.9, 2015, en línea, https://www.vatican.va/content/francesco/es/bulls/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html (consulta en marzo de 2024).

tagonismo al *amor, querer e interés* del *Criador y Señor*; es decir, avanzar por un camino de interés y preocupación por otro-en-cuanto-necesitado como expresión de la voluntad de Dios para quien va viviendo con mayor densidad existencial²⁴. Lo contrario, focalizar la mirada en uno mismo y en el propio perfeccionamiento como presunta voluntad de Dios, habla de un dinamismo que fácilmente conduce a egocentrismos enajenantes²⁵. Efectivamente, hay un peligro constante ya denunciado por el propio Jesucristo al hablar de algunos fariseos: vivir la religión mecánicamente, desafectadamente, enunciando fórmulas y cumpliendo normas sin comprender que no hay posibilidad de ser cristiano sin otorgar primacía al amor misericordioso, sin concebir las necesarias fórmulas y normas como un instrumento que ha de conducir a la máxima implicación personal posible en una vida relacional al servicio de los más «pequeños». Sólo así se comprende bien a Jesús cuando dice que no viene a anular la ley sino a darle plenitud (Mt 5, 16-18); se trata de que el factor ‘amor misericordioso’ sea criterio necesario de actuación, es el ‘Mandamiento Nuevo’ (Jn 13, 34).

El maestro del discernimiento, Ignacio de Loyola, alerta contra la tentación de pensar que por decir y sentir cosas bellas uno está realizando el plan de Dios. Es el riesgo de que el creyente termine por verse tan identificado en su propio discurso acerca de sí mismo y de su religiosidad, tan seguro de su juicio valorativo sobre los demás, que llegue a incluso a pensar de sí que es alguien imitable. El narcisista religioso, es ciego a sus propias inconsistencias, su pensamiento se vuelve dogmático convencido de que su punto de vista es el único válido posible y usará del fundamentalismo, es decir, del ‘todo está escrito’, como si fueran instrucciones claras y distintas que, siendo seguidas, se evitaría toda posibilidad de error. Sobre todo, se verá empoderado sobre la base de una buena dosis de agresividad (activa o pasiva) de origen diverso que es signo visible de su lejanía del anuncio evangélico, tan caracterizado por la compasión y la

24. Más extensamente en: R. MEANA, «Más allá del propio amor, querer e interés [Ej 189]. Estudio desde una perspectiva antropológica»: *MANRESA* 91, 2019, 143-158.

25. I. RODRÍGUEZ, *Más allá del narcisismo espiritual*, DDB, Bilbao 2021.

misericordia; estamos hablando del reino del fanatismo²⁶. La diferencia entre la religión cristiana y una secta fanática con lenguaje religioso, tal vez con el mismo lenguaje religioso que la propia Iglesia, se encuentra en el nivel de descentramiento de quien se autodefine como creyente (lo contrario del narcisismo), en el nivel de compasión que desprenden sus palabras y, sobre todo, sus obras.

El cristiano ama eficazmente, desviviéndose en los más desfavorecidos de todo orden, y no es capaz de verse viviendo en plenitud si no es así. Si nuestra mirada creyente está más atenta a lo que le falta al otro para ser perfecto que en acercarnos a él para consolar y edificar, estamos errando profundamente en nuestra comprensión del mensaje de Jesús; nos convertimos en supervisores de que se sigue adecuadamente un manual de instrucciones. Si se desea que el otro se salve (se encuentre cara a cara con la mirada compasiva de Dios Padre misericordioso) el cristiano habría de ser capaz de vivir en medio de otros ‘sacramentalmente’, siendo signo visible del amor misericordioso de Dios. El Evangelio nos presenta al galileo orando y viviendo centrado en el sufrimiento del otro, en la reivindicación de la humanidad atenazada por discursos idealizados inalcanzables, aplastantes, generadores de impotencia como los que pone en boca de algunos fariseos, esos ‘sepulcros blanqueados’ (Mt 23, 27); sencillamente, el plan de Dios Creador para su creatura es que viva en plenitud no que se vea frustrado y aplastado por sus impotencias.

En el camino de desapropiación de sí, amar como Dios ama es un horizonte de sentido que nunca termina de alcanzarse en la vida humana y que se va verificando en lo cotidiano. Se trata de ir de la experiencia espiritual «soy amado luego existo»²⁷ a volver la mirada hacia quien no existe porque no es amado; hacia quien vive en los márgenes de la sociedad, la cultura, el pensamiento o la moral. Mirar a los márgenes

26. No podemos entrar aquí en la articulación entre aislamiento narcisista, pensamiento dogmático, lógica fundamentalista y agresividad que caracterizan a los sujetos fanáticos.

27. Tomamos prestado el título de la obra filosófica de C. DÍAZ, *Soy amado luego existo* (4vols.), DDB, Bilbao 1999-2000.

desagrada porque nos devuelve imágenes imperfectas, el lugar donde no deseamos vernos. Sin embargo, la experiencia de Dios es pertinaz en ofrecer una enseñanza: *porque te amo a pesar de no merecerlo existes, sales de tu encerramiento y destierro; vete y haz tu lo mismo, libera al inexistente, ponle nombre, dale vida, devuelve al indigente al camino de la existencia*; como Jesús hizo con el ciego Bartimeo al devolverle al camino de la vida (Mc 10, 46-52).

Esto exige implicación personal más allá de bellos sentimientos experimentados en la indispensable oración personal. Von Baltasar afirma: «Si Dios quiere revelar el amor que ha tenido al mundo, el amor tiene que poder ser reconocible por el mundo»²⁸. Pero, también nos recuerda que «no hay posible acción, expresión del amor cristiano, sin conocer el rostro de Dios en la contemplación (...) la acción cristiana no es una mera acción ética por loable que esta sea (...) o es expresión de una experiencia religiosa personal o no es cristiana»²⁹ y, además, «La acción cristiana es sobre todo una respuesta secundaria a la acción primera de Dios en el hombre (...) si no es así, esa acción tan sólo es obligación inherente a la vida en común, equilibrio de intereses, tal vez superioridad magnánima»³⁰. Es decir, para el creyente es claro que lo que lanza a la acción compasiva es la relación con Dios y el obrar se convierte en el criterio de verosimilitud de que se está en un camino de conversión donde se va produciendo un aumento de sensibilidad por la impotencia, marginación, debilidad o miseria humanas.

En la vida de la Iglesia la relación entre experiencia de Dios y acción se ha ido tematizando y materializando de modos diversos. Aquí queremos subrayar dos grandes *guías para no perderse*: las Obras de Misericordia (OM) y la Doctrina Social de la Iglesia (DSI).

2.2. Relaciones interpersonales: obrar con misericordia.

«Bienaventurados los misericordiosos». (Mt 5, 7)

28. H. U. VON BALTASAR, *Sólo el amor es digno de Fe*, Sígueme, Salamanca 2006, 71.

29. *Ibid.*, 103.

30. *Ibid.*, 105.

El evangelio llega a otorgar al amor operante³¹ tal importancia que lo constituye en clave para distinguir a los verdaderos profetas (Mt 7, 16-20: «por sus frutos los conoceréis»). No es suficiente con que alguien se presente como creyente o manifestando tener un estrecho vínculo con Dios, es necesario que acredite su condición en su *modus operandi*, en el modo en el que cumple la voluntad del Creador para el trato entre semejantes tal y como fue expresada en la vida de Jesús de Nazaret.

A juicio del moralista Keenan³², la dimensión práctica enunciada por la tradición de la Iglesia en las Obras de Misericordia (OM) es, probablemente, el mejor enunciado de lo que Dios sigue esperando de los cristianos y, por tanto, continúa siendo la principal aportación de nuestra religión a una realidad cultural, política, social y económica reseca, mecanizada por la ausencia del factor humano. Inspiradas en el relato del juicio final de Mateo, aparecen las OM corporales y espirituales. El CIC (n. 2447) dice: «Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales (cf. Is 58, 6-7; Hb 13, 3). Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras espirituales de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia. Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos (cf. Mt 25,31-46). Entre estas obras, la limosna hecha a los pobres (cf. Tb 4, 5-11; Si 17, 22) es uno de los principales testimonios de la caridad fraterna; es también una práctica de justicia que agrada a Dios (cf. Mt 6, 2-4)».

31. JUAN PABLO II, *Dives in Misericordia* (cp II, n. 3.): «...el amor operante, el amor que se dirige al hombre y abraza todo lo que forma su humanidad. Este amor se hace notar particularmente en el contacto con el sufrimiento, la injusticia, la pobreza; en contacto con toda la 'condición humana' histórica, que de distintos modos manifiesta la limitación y la fragilidad del hombre, bien sea física, bien sea moral». En línea, https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_30111980_dives-in-misericordia.html (consulta en febrero de 2024).

32. J. F. KEENAN, *The works of Mercy. The heart of Catholicism*, Rowman and Littlefield Pub., Oxford 2005.

Al hablar de las OM, es importante considerar un par de asuntos. Por un lado, no pretenden ser un listado preciso y definitivo que agote la descripción de posibles ‘acciones compasivas’ y que habría que cumplir de principio a fin; entran, más bien, dentro de lo que podríamos llamar ejemplificaciones pedagógicas cuya última intención es la de servir de orientación para modular y modelar el modo de estar en relación: atentos y focalizados en el otro-en-cuanto-necesitado. Por otro lado, las OM no pueden realizarse desde una supuesta posición de superioridad moral, social o económica. Obrar misericordiosamente surge de la solidaridad que inevitablemente brota al descubrirse uno mismo pecador, impotente e imperfecto y, sin embargo, querido y salvaguardado por Dios; el otro es un semejante carente, impotente, imperfecto o pecador para quien el creyente está enviado a ser palabra y gesto salvíficos, igual que Dios lo es para el creyente.

Las demasiadas veces ignoradas OM, tomadas por asuntos de otra época, obedecen al propósito de ayudar a que habitemos la realidad obrando al modo de Jesús de Nazaret. Continúan siendo una propuesta contracultural incómoda en un mundo donde se otorga excesivo protagonismo al propio ego ocupado en cultivar una imagen de sí ejemplar (aunque sea falsa), en recibir alabanzas de extraños, o en el propio bienestar donde la des-responsabilización con respecto a los otros va siendo norma. La invitación que contienen las OM es que cada cristiano, más allá del indispensable cultivo de la vida de piedad y oración, habría de vigilar la calidad de su compasión activa; ver si nuestro enunciado amor a Dios y a la humanidad se traduce en gestos que exigen compromiso y tiempo.

2.3. *Estructuras Sociales: compasión para la justicia y la paz.*

«Bienaventurados los que hacen la paz» (Mt 5, 9)

Aunque la relación misericordiosa con los otros próximos es el campo de juego del día a día del creyente, sin embargo, quedarse ahí sería escaso; en muchas ocasiones, ver a la persona y sus indigencias obliga a prestar atención a las estructuras sociales en las que habitamos como causa de la indignidad y el sufrimiento de muchos. Hay una tendencia a pensar en esas estructuras como una realidad abstracta e inaccesible; no es la pers-

pectiva de la Iglesia institucional quien mira las estructuras sociales como ‘Misión Apostólica’: captando los aspectos necesitados de remodelación para tratar de restaurarlos y lograr que promuevan el modelo humano vivido por Jesús de Nazaret.

Para la Iglesia Católica la preocupación por las estructuras sociales siempre ha sido un vector importante de su reflexión y actuación, pero lo es particularmente desde la llegada de la era industrial; son tantos los pronunciamientos que en 2004 el Pontificio Consejo “Justicia y Paz” elabora el Compendio de la Doctrina Social (CDSI)³³ que orienta al cristiano en su modo de incidir sobre las estructuras sociales en la medida de sus posibilidades: «La finalidad inmediata de la doctrina social es la de proponer los principios y valores que pueden afianzar una sociedad digna del hombre. Entre estos principios, el de la solidaridad en cierta medida comprende todos los demás (...) Este principio está iluminado por el primado de la caridad que es signo distintivo de los discípulos de Cristo (...) Sólo una humanidad en la que reine la “civilización del amor” podrá gozar de una paz auténtica y duradera» (CDSI, n. 575ss). Sorge³⁴ afirma: «la tarea de la DSI es traducir en términos racionales, comprensibles y compartibles por todos, la luz que la fe cristiana arroja sobre la antropología y sus organizaciones».

En 2009, Benedicto XVI reafirma que el principio sobre el que pivota la DSI sólo puede ser la caridad, y subraya que posee dos horizontes de sentido: la justicia y el bien común (*Caritas in Veritate*, 6). El Papa Francisco continúa la línea argumental de Benedicto XVI subrayando que, en el mundo contemporáneo, los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad tienden a debilitarse y el sueño de construir juntos la justicia y la paz podría parecer una utopía de otras épocas. Por esto, en 2020 escribe la Encíclica *Fratelli Tutti* (FT) donde afirma: «Vemos cómo impera una indiferencia cómoda, fría y globalizada, hija de una profunda

33. COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA, en línea, https://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/justpeace/documents/rc_pc_justpeace_doc_20060526_compendio-dott-soc_sp.html (consulta online en febrero de 2024).

34. B. SORGE, *Temas clave de doctrina social*, Sal Terrae, Santander 2021, 13ss.

desilusión que se esconde detrás del engaño de una ilusión: creer que podemos ser todopoderosos y olvidar que estamos todos en la misma barca.» (FT 30). El Papa se detiene en la dimensión universal de la fraternidad rechazando el individualismo y subrayando que todos somos corresponsables unos de otros, como Dios lo es de todos; eso sí, considerando que Él detiene su mirada misericordiosa especialmente en quien más atención necesita (Mc 2, 17: «Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores»). Sigue siendo bella y acertada la parábola contemporánea sobre el modo de amar de Dios que dice: interrogada una madre sobre a qué hijo ama más ella responde que al más pequeño hasta que crezca, al que está enfermo hasta que sane, al que está lejos hasta que regrese. Un Dios parcial ante el humano necesitado hasta el punto de implicarse activa y servilmente en su redención: «Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo» (Fil 2, 6-7).

El Papa Francisco, en su pontificado, enfatiza enormemente la Doctrina Social de la Iglesia porque resulta alarmante ver que hemos construido estructuras sociales que contienen ‘periferias sociales’ en su centro; auténticas bolsas de marginados existenciales que necesitan ser atendidas y minimizadas con urgencia construyendo ‘amistad social’ mediante políticas adecuadas (FT 154). Amistad social que sólo puede brotar de la experiencia personal del amor salvífico de Dios que transforma la mirada y mueve el corazón hacia quienes nos rodean; un asunto en el que viene insistiendo desde 2013 con su Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (particularmente n. 179).

En la actualidad, la incidencia sobre las estructuras sociales es uno de los grandes frentes eclesiales donde los creyentes nos jugamos ser colaboradores de la obra de la redención, o no serlo; evidentemente, el obrar justa y misericordiosamente no puede dejar de lado el anuncio explícito del evangelio y la promoción de la espiritualidad como vehículo privilegiado para el encuentro personal con Dios. Como venimos insistiendo, el compromiso social del cristiano es consecuencia de una creciente capacidad de compasión hacia los más desfavorecidos que sólo puede venir de la

experiencia personal de un Dios compasivo que va modelando la mirada y el actuar del creyente. La conversión del corazón vuelca a la persona no sólo a los más próximos, también hacia a la posible injusticia que late en muchas de nuestras estructuras (desde las más inmediatas hasta las políticas y económicas). La DSI es un corpus doctrinal fascinante, y no muy conocido, que invita al creyente a que su experiencia de Dios se vuelva eficaz en la realidad que le ha correspondido vivir; a evitar intimismos religiosos descomprometidos y moralizantes que pueden conducir a ego-centrismos o a desagradables actitudes de permanente evaluación irritada del nivel de perfección de otros.

Tanto las Obras de Misericordia como la Doctrina Social de la Iglesia, en último término, responden a una de las preguntas más antiguas de nuestra Fe: «¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?» (Gn 4, 9). La respuesta inequívoca del Evangelio es: *‘sí, por supuesto, sin duda’* y la Iglesia se ha encargado de recordarlo constantemente a lo largo de la historia: el amor hay que ponerlo más en las obras que en las palabras. Será la muestra fehaciente de que no estamos rindiendo culto al propio ego, sino que estamos volcados en «las cosas del Padre» (Lc 2, 49), en una misión que no es nuestra y nos excede.

«Nuestra meta y objetivo educativo es formar hombres que no vivan para sí (...) que no conciban el amor a Dios sin el amor al hombre, un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia y que es la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa, o incluso un ropaje farisaico que oculte nuestro egoísmo».

(P. Arrupe SJ)³⁵

35. P. ARRUPE, *Hombres y mujeres para los demás*, Cristianisme i Justícia, Barcelona 2015, 3.